

**DISCURSO**  
**DEL**  
**Dr. D. MANUEL MUÑOZ CORTES**



Yo, frente a los que hablan del absurdo de la vida humana, creo que ésta tiene bastante sentido, o al menos advertimos, a veces, que los acacimientos pueden encajar significativamente. Así el que la Academia Alfonso el Sabio me haya honrado con el encargo de recibir públicamente al Dr. D. Mariano Baquero Goyanes, no es sino una versión pública, solemne, de algo hondo y con sentido: nuestra convivencia de muchas horas, de muchos días, de años. Bien en el trabajo universitario, en las jornadas más densas que el de muchos horarios laborales, bien en las labores de jurados, a veces en tertulias, en nuestras casas, en un entendimiento acorde, que no quiere decir monocorde, en ideas y creencias. Y quienes conozcan a Mariano Baquero saben que en él se dan esas condiciones de bondad, simpatía y tolerancia, que no excluyen la diferencia de pareceres, la discusión viva, que es la condición sin la cual la comprensión no es sino indiferencia. Y esto ya durante una gran parte de nuestras vidas. Desde hace cerca de veinte años. Veinte años después sería título, si lo tuviera, para esta breve disertación mía, y ciertamente creo que satisfaría a nuestro nuevo compañero por su evocación literaria, y ya sabemos que en Baquero la vida se iguala con las letras, en una vocación de lección y creación crítica de la que hay muy pocos ejemplos semejantes en nuestro mundo intelectual. Veinte años después de la llegada de Mariano Baquero a Murcia, precediéndome en un año. Quienes comparen nuestras edades advertirá inmediatamente que esa precedencia y antigüedad, es contraria de la diferencia cronológica. Y es que el Dr. Baquero Goyanes llegó a la cátedra universitaria a la edad en que aún bastantes universitarios están preparando su licenciatura, a los 26 años. Nuestras vidas habían sido distintas, la mía, con la rotura de mi generación partida, después con años de vida en el extranjero y en Madrid, con una doble vocación uni-



versitaria y literaria, la de Mariano Baquero ordenada por una vocación decidida, también, en años difíciles, con un heroico esfuerzo, levantándose en su Gijón de madrugada cada mañana para poder, en trenes de películas de indios casi, ir a las clases en Oviedo. Baquero pasó raudamente por Madrid, sitio poco gustado por él, y en esto discrepamos, ya que a mí, sin dejar de gustarme la provincia, me interesan muchísimo las grandes ciudades. Y llegó a Murcia, y aquí fue poco a poco ganado sobre todo por los hombres, por determinados hombres, y ya, como definitivo arraigo, por una bellísima y delicada muchacha, de linaje murciano, muy intelectual, muy de nobilísimo regusto por las artes. De aquí ha salido lo necesario para sus veranos. Yo que me he presentado como acorde con Mariano, a veces he vivido en mi murcianismo, de manera que es con el suyo un contrapunto a veces, como debe ser, aparentemente discordante. Yo soy más andariego por paisajes y pueblos, y por profesión y afición humana he buscado y he convivido con los hombres de la huerta y del campo, y he estado y estoy metido en andanzas de política cultural, con el éxito que se puede advertir, he cantado con los auroros y he intentado mover mi masa humana con algún grupo de baile, sé hacer las gachas migas y me gusta el ajo. Para Mariano, hombre casariego y de vocación de intimidad, paisajes y hombres son ante todo los de los libros. En esto nos distinguimos. Pero he gustado también y gozo de esa atracción que en Murcia han tenido los hombres que han cumplido una tradición que ya viene al menos desde el Barroco, de sentir el delicado goce de lo minoritario. Tierra de grandes artistas, de eruditos, de escritores, de actores, de músicos, de pintores, pero tierra también del tipo humano, cada vez más perdido, que es el amador, el gustador por afición y no por profesión, unidos en pequeñas reuniones, tertulias y paseos. ¡Cómo no evocar aquí las mañanas dominiegas en casa de Don Emilio Escudero, gozando de la música en silencio, y de la discusión a veces alborotada y viva, entre disco y disco! Si de un libro caballeresco se dijo en altísimas palabras “galeotto fu il libro e chi lo scrisse”, de la música de esos días se podrá decir que también cumplió ese amoroso fin. Y cómo no evocar la sombrerería de Carlos Ruiz Funes, y las tertulias del casino con Paco Alemán y Antonio de Hoyos. Así, poco a poco, Mariano Baquero y yo, como otros, íbamos entrando en esta ciudad abierta y generosa. Baquero además volvía, volvía porque su Baquero le enlaza por linaje con el gran erudito murciano. Así nos entrábamos y teníamos amigos, y ya tenemos dolores, y hay gentes de nuestra sangre, de sangre murciana. Ya casi somos personajes de Paco Alemán, y yo estoy deseando serlo. Mi vida aquí ha estado afectada a esos grandes murcianos, tan llenos de comprensión, tan delicados. Pero yo quizás por ser andariego como extremeño, he andado y vivido en



tierras lueñas, cortando mi queda murciana con vuelos varios, y en eso soy afín a este buen amigo nuestro murciano que es Don Diego. Con Don Diego conviví hace años en Alemania. Con él estuve en Münster, sufrimos algunas dificultades, pues la guerra era dura, con él estuve en alguna visita en el Ayuntamiento, en donde tan triste ocasión iba a haber para España. Y ya Don Diego en Münster me hablaba de Murcia, de su Algezares, de su casa con jardín, de sus libros. Allá conversábamos, en las largas horas de noches largas, oscuras, en las que de pronto aullaban sirenas, sonaban disparos y caían bombas, y más de una vez estuvimos juntos en un refugio. Después, Don Diego sería amigo en Murcia, y su amistad, como la de otros escritores y hombres de gusto, nos ha unido también a Mariano Baquero y a mí. En este mismo lugar hablé yo de Don Diego, y contribuí a juntar sus libros; como Baquero, ocupé la cátedra que con el nombre de este buen amigo se creó en la Universidad. Pero Baquero ha hecho algo más por este amigo común, en su nombre y con el nombre de esa saeta de la Huerta que es *Monteagudo* creó una Revista que ya tiene 16 años, y en ella ha conjuntado a poetas, a pintores, a eruditos como nuestro Antonio Pérez Gómez.

Don Diego está aquí, una vez más. Don Mariano, autor de grandes obras, de estudios profundos sobre poetas, novelistas, ensayistas, crítico y teorizador de la literatura, no es sólo el lector sensibilísimo de millares de libros, es creador de una metodología, del perspectivismo, en la línea de Ortega, Hatzfeld, Spitzer, pero con una originalidad personal. Ya habéis oído sus palabras, y la iluminación que traen a la obra de ese gran amigo, de Don Diego. Una vez más Mariano Baquero Goyanes ha sido el maestro que enseña, deleita y nos da nueva vida con la que él advierte en los libros. Con él estoy, una vez más, con él, como en nuestra Universidad, de sus enseñanzas, de nuestra Facultad, de esa Universidad que se dice a veces que está separada de la sociedad, han salido en estos años, más de sesenta profesores de Lengua y Literatura, casi todos los profesores y catedráticos de los Institutos del distrito, y algunos de otros, cercanos o lejanos, y aun de universidades francesas y norteamericanas. Todos ellos han recibido y transmiten las enseñanzas de Mariano Baquero Goyanes; esto también ha hecho Mariano Baquero por Murcia. Juntos hemos estado; y lo estaremos en esta Academia, en donde tan calladamente se trabaja por el conocimiento de la historia y la actualidad de esta tierra. Estamos seguros de que el saber de Baquero Goyanes dará nuevos alientos a nuestra labor, y como la Academia, como aquellas murcianas del barroco, es, ante todo, amistad y diálogo, también tendremos la amistad y la palabra coloquial de nuestro nuevo compañero, tan maestro en ellas como en todo, y por ello, en nombre de nuestra institución, me alegra darle la bienvenida a nuestras empresas.

